

Raúl Dorra

Teoría y análisis del discurso: problemáticas recientes

Maricruz Castro Ricalde*

* Departamento de Comunicación y Humanidades, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Toluca. Eduardo Monroy 2000, San Antonio Buenavista, Toluca, México. C.P. 50251
Teléfono: (722) 279 99 90 ext. 2238
Fax: (722) 274 11 78
Correo electrónico: maricruz.castro@itesm.mx

En 1976, Raúl Dorra se incorporó a la Universidad Autónoma de Puebla como docente, poco tiempo después de haber arribado a México desde su natal Argentina. Su labor en el ámbito de la investigación, a lo largo de más de dos décadas, ha sido tan destacada que difícilmente sus textos pueden ser ignorados por cualquier estudiante o interesado en los ámbitos de la teoría literaria y del lenguaje, la semiótica y el análisis del discurso.¹ Autor de novelas y relatos, ha traducido del francés poemas, artículos especializados y el libro *De l'imperfection* de A. J. Greimas. Desde hace muchos años comenzó a promover la apertura de seminarios sobre esos temas, con la presencia de teóricos tan destacados como Jacques Fontanille, Eric Landowski y Claude Zilberberg, y cuyas puertas están abiertas a toda la comunidad mexicana.

Raúl Dorra nos recibió en su casa de Puebla para hablar sobre aspectos vinculados con el análisis del discurso y las problemáticas que se desprenden de él. Fruto de esa



extensa charla, avivada por el rítmico fluir de una fuente rodeada de plantas y bañada de luz, es el siguiente texto. En él se abunda sobre la naturaleza del discurso y se teje una definición en turno suyo; se detiene en la teoría de la enunciación, en las tendencias de los últimos estudios sobre el análisis del discurso así como en su relación con otras disciplinas, sean humanas, sean exactas. Por último, reflexiona sobre la trivialización del signo estético, a merced de los medios masivos de comunicación.

1. La noción de discurso

La preocupación por la teoría y el análisis del discurso surge, por lo menos sistemáticamente, en la primera mitad,

1. Algunos de sus libros son: *Los extremos del lenguaje en la poesía tradicional española* (UNAM, 1981), *De la lengua escrita* (AUT, 1982), *La literatura puesta en juego* (UNAM, 1986), *Hablar de literatura* (FCE, 1989), *Profeta sin honra* (BUAP-Siglo XXI, 1994) y *Entre la voz y la letra* (BUAP-Plaza y Valdés, 1997).

incluso antes: en el primer tercio del siglo XX. Desde un principio, se detectó que la lingüística tenía un rango un poco limitado: se detenía en el estudio y la descripción de la frase; apareció, entonces, la necesidad de ver aquello que se extendía más allá de ella. A eso se le llamó el discurso, aunque algunos lo denominaron el texto y otros, el enunciado. Quizá, la definición más clara, práctica y económica es la de Emile Benveniste: el discurso es lenguaje puesto en acción. Definición sintética en donde están los elementos fundamentales: el lenguaje como sistema y su puesta en acción, es decir la manifestación de ese sistema que es propiamente la discursivización. Esto se puede equiparar a otras nociones binarias como las del sistema/proceso o lengua/habla, en las que ya había abundado Ferdinand de Saussure, y supone que la discursivización es la construcción de un sintagma cargado de una intención.

El discurso es, según esta perspectiva, un encadenamiento de unidades significantes, cuya propiedad principal sería su dinamismo. Por ejemplo, si en un momento dado, concreto, se produce un discurso, se generan unidades significantes que dan lugar a una primera forma de dinamicidad: la prospectiva. Es decir, una unidad significativa aparece primero y otra después, en sucesión. Estas unidades también pueden ser concebidas como palabras, frases y enunciados. O sea, al mismo tiempo poseen una propiedad retrospectiva. Por lo tanto, a medida en que se habla, lo que se dice va iluminando lo ya enunciado. Muchas veces es necesario esperar la última palabra para entender el sentido general de lo dicho. Esta otra forma del dinamismo retrospectivo es fundamental en la conformación del discurso y es acompañada por otros factores que tratan de incrementar la significación: la entonación, el registro de la voz, el tiempo del discurso (la velocidad, el ritmo, las pausas realizadas). Cada uno de estos elementos contribuye a la puesta en movimiento de las unidades significantes y, por ello, a la construcción del discurso.

A las unidades significantes de naturaleza verbal habría que sumar aquéllas que surgen de manera paralela y son de otra naturaleza expresiva: movimientos, gestos, desplazamientos del enunciador en el espacio. Un caso muy evidente es el de los mimos, quienes tratan de construir mensajes completos con un sistema que desemboca en una gesticulación. Esto lleva a pensar que el discurso se 'derrama', se proyecta sobre otras sustancias significantes, lo cual amplía el campo de los estudios del discurso a sistemas más allá de los verbales. Incluso, debe tenerse en cuenta lo excepcional de los discursos exclusivamente verbales, pues casi siempre su naturaleza suele ser compleja, al acompañarse por imágenes, distribución o diagramación del espacio, manejo de planos. El mensaje, entonces, se construye de diferentes maneras y todas ellas convergen en una dirección de la significación.

El estudio del discurso también lleva consigo otro problema: el de sus unidades constitutivas. ¿Es acaso el discurso el resultado de la suma de unidades simples o es en sí mismo una entidad compleja? La respuesta descansa en la dialéctica existente y la concepción del discurso como un vaivén entre lo simple y lo complejo, entre la posibilidad de estudiarlo a partir de sus unidades o como una totalidad. El discurso tiene movilidad porque utiliza un dinamismo que es continuo y esto es uno de sus elementos constituyentes.

2. La autosuficiencia del discurso

Para comprender todo discurso hay que tener presente su dinamicidad. Por ejemplo, la inteligibilidad de estos conceptos (los que usted se encuentra leyendo en este artículo) se apoya en elementos complementarios, como la distribución del texto, su puntuación o los cambios en la tipografía para señalar los subtítulos. Otro caso: en una entrevista televisiva, el discurso verbal se conjunta con el visual y aspectos como los movimientos de la cámara, los acercamientos al rostro del entrevistado o a sus manos, el entorno fotografiado, la música o los sonidos de fondo añaden elementos de significación. Por sí solos, sin embargo, no logran aportar el sentido total del texto porque el discurso es un discurrir, en términos epistemológicos. Ahora bien, eso que discurre tiene que tener un sentido dotado de una orientación hacia algún campo de la significación. En otras palabras, cuando se enuncia un discurso, el hablante se aboca a un tema que dirige el tipo de vocabulario utilizado, el comportamiento del emisor, sus movimientos, sus recursos lingüísticos, etcétera. De aquí que una conferencia académica se diferencie de una plática de amigos, en donde el tono de la voz, la risa, ciertos movimientos y gesticulación permiten comprender al receptor ante qué situación discursiva se encuentra.

En síntesis, el género configura tanto el modo en el que se va hablar como todas las formas seleccionadas de significación, para que el interlocutor se oriente. No se puede abrir un libro y comprenderlo, mientras no se sepa a qué género pertenece: si se va a leer una novela o un tratado de geometría, un poema o una nota informativa. Cuando se advierte la naturaleza del texto, se le asigna un sentido y hacia esa dirección marchan los esfuerzos de comprensión del receptor. Elementos paratextuales (las palabras 'guión cinematográfico' en la portada del libro, por ejemplo), exógenos al texto (en qué parte de la biblioteca se encuentra, quién lo está leyendo, en dónde se puede adquirir) van restringiendo en el lector, el enorme campo de la significación en la que puede estar enclavado un discurso. De modo que la noción de género es una noción

fundamental porque limita y precisa la dirección que toma el discurso. A éste se le suele acompañar de algún adjetivo que define su ámbito y es la razón por la que enunciamos 'discurso literario', 'discurso histórico', 'discurso femenino', etcétera.

Una misma frase empleada en otro contexto discursivo puede ofrecer una dirección significativa diferente. Por eso, la práctica de la comunicación indica la necesidad de saber, en todo momento, en qué género se enclava y, por supuesto, conocer las características del mismo. Tanto el discurso como el género discursivo suponen una actividad significativa siempre abierta, que no tiene una concreción, ni principio ni fin. Es el motivo por el cual los discursos, para hacerse presentes, para concretarse, tienen que aterrizar en un texto: en una unidad de sentido que tenga principio y fin, como lo es el producto (texto) de esta entrevista (género). Otro caso: es posible hablar de la novela, en abstracto, como género, pero el texto concreto, con un título y posiblemente un autor, es el discurso novelístico. Esa novela, entonces, es ya un texto. Tal vez haya teóricos que no estén de acuerdo con lo siguiente, pero podríamos dar por sentado que hay una gradación de lo general a lo particular; de lo abstracto a lo concreto. El orden sería el siguiente: en primer lugar el discurso como el concepto más amplio, luego la especificación del género discursivo y, finalmente, la concreción que es el tema, el texto en sí.

El texto no es una unidad, es concreto, pero al mismo tiempo es un constructo. Si se sigue tomando el ejemplo de la novela, por sus características podríamos clasificarla como un género literario; sin embargo, si hay un interés por un capítulo específico (para analizarlo, para tomar ejemplos de él, para emplearlo en alguna clase), ese capítulo se convierte en un texto porque se acota su principio y su fin. También se pueden construir textos con otras sustancias expresivas. Incluso se pueden convertir elementos que originalmente no están diseñados para una significación precisa, en unos portadores de sentido y construir un texto de este modo. Una sala puede ser un texto, si así se le determina y es posible leer cada uno de los miembros y objetos que la componen como unidades significantes que van conformando un sentido. De esta forma, el texto en un principio no es algo dado, sino algo construido. Es una determinación, una suerte de acuerdo entre el que propone y el que acepta que tal cosa va a ser el texto y, como tal, será motivo de interés, poseedor de unos límites artificiales.

Según las nociones anteriores, una frase, un capítulo o un libro entero pueden ser un texto. En esa unidad delimitada, recortada de la realidad, es en donde el discurso se

muestra y deja de ser algo flotante e intangible, adquiere plenitud, un principio y un fin. El contexto de ese texto, no obstante, agregará o modificará su sentido. Y por último, en relación con este punto, un mismo texto suele reunir distintas direcciones de significación, aunque en cada una predomine (o el lector haga que sobresalga) una por encima de las otras.

3. Problemáticas intrínsecas al análisis del discurso: la enunciación

Si se vuelve a la definición de Benveniste sobre el discurso como lenguaje puesto en acción, se infiere que en esa actividad o proceso enunciativo hay alguien detrás de ella, hay alguien que mueve al lenguaje. Es necesario reiterar que no sólo es dinámico el lenguaje verbal, sino los demás tipos de lenguaje, puestos en acción por alguien más (ejecutores del desembrague, en términos semióticos). Al ser una manifestación del sistema, el lenguaje construye un mensaje y lo destina, pues no hay discursivización alguna sin intención, sin dirección. Este proceso supone un enunciatario –un interlocutor–, lo cual pone de manifies-

Una frase, un capítulo o un libro entero pueden ser un texto. En esa unidad delimitada, recortada de la realidad, es en donde el discurso se muestra y deja de ser algo flotante e intangible, adquiere plenitud, un principio y un fin.

to la existencia de un problema fundamental: el de la enunciación, que implica al sujeto de la enunciación (enunciador), a su resultado (enunciado) y al destinatario del mismo (enunciatario). Ello propone otras temáticas, otros problemas como los de la espacialización y la temporalización. Salta a la vista que tanto el discurso como el enunciado, en principio, temporalizan, pero en ellos se registra también una actividad espacializante. Es un espacio discursivo poseedor de características que permiten su concreción y su autorrealización, y cuyo dinamismo pone en movimiento a todas las figuras involucradas (emisor, mensaje, destinatario). En un enunciado tan sencillo y cotidiano del tipo 'Juanita cruzaba la calle' podemos identificar que quien enuncia no sólo es quien profiere la frase, sino quien observa la acción que está describiendo a través de su acto de habla. Ese observador no puede desligar su acción de mirar una duración que se trasluce en el enunciado pronunciado, pues no es lo mismo 'Juanita cruzaba la calle' que 'Juanita cruza la calle', lo cual supone una observación diferente de la acción y supone una tempo-

ralización, una duración diferente del hecho propuesto a la visualización de un interlocutor. También debemos hablar de espacialización, pues toda emisión construye ambos: espacio y tiempo. En relación con el observador, su enunciado constituye un discurso narrativo y uno descriptivo simultáneamente, puesto que en él hay tanto un relato inmerso como la definición de una acción.

El problema de la enunciación atañe también a los discursos no verbales, como lo puede ser una pieza de arte. Un cuadro supone un destinador y se puede sospechar que es una persona de carne y hueso, pero para efectos lingüísticos no importa si existe en la realidad o no, pues el emisor es tan solo una figura que el propio texto construye o formaliza. Aunque no se sepa quién pintó el cuadro, éste por sí mismo, en su papel de texto, ha puesto en movimiento algo: puede ser observado de determinada manera, desde un ángulo específico y a una distancia dada, porque no es igual si alguien se acerca o le ve de muy lejos; es distinto si se aprecia desde un segundo piso o en un ángulo bajo. El cuadro no sólo sugiere el lugar desde el cual debe ser visto, la perspectiva en la cual puede ser mirado, sino también modela a su destinatario. Y, además, es portador de valores estéticos, morales y/o sociales. Todo está contenido ahí, en el cuadro como texto, el cual se convierte en una posibilidad de conocimiento, en una entidad inteligible y sensible al mismo tiempo. En todo este proceso, el aspecto de lo sensible es relevante, pues en él hay un sujeto destinador y un sujeto destinatario, un sujeto que muestra, observa, sanciona, valora e invita a otro sujeto a realizar la misma acción. El texto se convierte en una especie de puente entre un sujeto y otro, y ese puente puede transmitir un mensaje pasional o un mensaje para ser descifrado con otro tipo de elementos. Por lo pronto, ahí está presente el deseo de la comunicación y el esfuerzo para una comunicación inteligible, de modo que esto permite pensar que lo sensible y lo inteligible están reunidos en un mismo acto, en un movimiento del lenguaje. Desde este enfoque, el problema de la enunciación crea un conjunto complejo y completo de posibilidades de lectura.

4. Tendencias en el análisis del discurso

Hay diversas tendencias, métodos y escuelas para construir una teoría del discurso y metodologías para su análisis. Una disciplina es un punto de vista sobre un problema determinado que, en este caso, sería el problema del dis-

La disciplina que tiene
que ver inmediatamente
con el discurso, la
disciplina fundante,
es la lingüística.

curso en términos actuales. La disciplina que tiene que ver inmediatamente con el discurso, la disciplina fundante, es la lingüística. De ahí proviene el término discurso y, a partir de ella, se expande a otros procesos de la comunicación. En primer lugar, dentro de la lingüística se encuentra la pragmática, la cual establece la relación entre el discurso y sus usuarios; la lingüística conductiva que estudia los proce-

so mentales ocurridos en la operación, la transcripción y la transmisión de los mensajes; el enfoque semántico, quizás uno de los más desarrollados, averigua e indaga sobre los contenidos y los procesos significantes.

La lingüística, desde diversas perspectivas, construye y enfoca el tema del discurso. Sin embargo, no puede dejarse de lado otra disciplina contigua: la semiótica. Si el lenguaje se proyecta (lo verbal ante otras instancias expresivas), hay un conjunto de lenguajes posibles de analizar, cuyo estudio queda a cargo de la semiótica. Desde este enfoque, podría considerarse que la cultura no es sino una articulación de diferentes discursos, es un sistema constituido por una red de discursos.

Otras disciplinas también se han ocupado del discurso de manera interesante y creativa. El psicoanálisis no estudia el discurso como la lingüística sino crea una superficie discursiva; estudia los momentos en los que el discurso fracasa y las causas de esto. Le importa la discursivización del equívoco, los lapsus. El psicoanálisis asienta su interés en esos quiebres del discurso, porque eso instituye al sujeto como unidad y como autoridad. Considera al sujeto que habla como uno que tiene algo reprimido y lo produce, lo manifiesta, a través de sus fallos discursivos.

Habría que mencionar otras dos disciplinas: las ciencias de la comunicación y la filosofía del lenguaje. Aunque la hermenéutica se ocuparía más de los textos que del discurso, para contextualizar a aquéllos debe tener en cuenta el panorama general de los discursos. Esto acontece en las corrientes actuales de la hermenéutica, porque su antiguo enfoque desapareció hacia fines del siglo pasado y provocó, precisamente, el desconcierto sobre el discurso.

Una disciplina que durante muchos siglos se ocupó no sólo de estudiar sino, sobre todo, de enseñar la construcción del discurso fue la retórica: ciencia y arte del discurso que ha apuntalado el conocimiento de cómo producirlo. Como disciplina se le está redescubriendo de distintas maneras, no sólo por un reciente (y creciente) interés por recuperar el sentido de las figuras y sus vertientes, sino por el tema de la argumentación, parte de la retórica. La comunicación masiva que difunde la publicidad y otras formas de

construir la opinión pública recurren al procedimiento retórico, aunque muchas veces sus practicantes no se percaten de ello. Poco a poco, la retórica va ocupando un lugar importante en esas áreas del conocimiento, a medida que hay una necesidad de modelar una opinión pública, de manejarla, de contribuir a su constitución. Para lograrlo, hay que conocer la estructura argumentativa del discurso, los distintos puntos de vista que se deben manejar y las distintas figuras que necesitan aparecer en él.

5. Literatura, historia, ciencia y análisis del discurso

La literatura es un discurso verbal construido artísticamente para fines estéticos y, en ese sentido, analizarla como discurso tiene la ventaja de que se le está tratando desde su naturaleza. La literatura es un mensaje constituido. Se vincula con el universo de las artes (que es un tipo de universo discursivo) así como con la discursividad en general de otras disciplinas. La literatura en su relación con la filosofía o el derecho, por ejemplo, forma otro conglomerado descontextualizado del discurso literario. Sea en solitario, sea en su vinculación con otros dominios del conocimiento, en ambos casos el problema del discurso está siempre presente.

No es lo mismo pensar en el análisis literario que se preocupa por las repercusiones sociológicas de un texto dado o en ciertos datos que tienen que ver con la historia o con el contexto ambiental, que pensar en la literatura en su especificidad. Por ejemplo, estudiar cuáles son sus particularidades, esa característica tan peculiar de crear una especie de desfase entre el sonido y el sentido, y cómo esto origina una cantidad de posibilidades expresivas; otro caso: analizar la poesía que hace de la escritura una materia visual además de la materia fónica: su conversión en una materia audiovisual. Lo anterior lleva a pensar en la naturaleza propia del discurso literario.

Es conveniente considerar la literatura como discurso, sin anular los aportes de otros enfoques, pero también lo sería si estudiáramos de una manera similar otras disciplinas; las de la ciencia, por ejemplo. En algunos casos como la historia, pariente tan próxima de la literatura, es claro que es un discurso aunque algunos historiadores supongan que están frente a meros hechos de la realidad. Olvidan que esos hechos están ordenados dentro de un discurso y son dados a conocer gracias a él. Los acontecimientos son múltiples, son caóticos. Se requiere de una discursivización de los hechos convertidos en procesos para encadenarlos y que puedan ser, finalmente, materia de una narración.

Cualquier otra ciencia, aun las que se caracterizan por la manipulación y la construcción de procesos (la química, la

genética), debe dar a conocer sus hallazgos mediante un discurso. Por lo tanto no hay posibilidad de crear un proceso de conocimiento si ese proceso no está discursivizado y si, además, no se reporta en un discurso que es siempre uno verbal traducido en libros, reportes de investigación, artículos, etcétera. Entonces, el discurso está presente en todos los ámbitos de la comunicación y en la construcción de todas las disciplinas del conocimiento.

6. La trivialización del signo estético

La democratización de la belleza es un señuelo de la cultura de masas, asentó A. J. Greimas, en su libro *De la imperfección* y luego Raúl Dorra retomó la idea en su artículo "El regusto de la imperfección" (1991). Greimas recuerda que el romanticismo democratizó el sentido de la belleza, al hacer notar que ella está en todas partes y al alcance de todos, pensamiento no adoptado por la cultura de masas para quien la belleza es sólo un señuelo que va en pos de dirigir las miradas. La valoración de las cosas ya está construida por los medios de comunicación quienes apuntan sólo hacia ciertos lugares, algunos referentes. De aquí la observación de Greimas y la necesidad de trabajar para que de una manera o de otra se recupere, se resemantice todo lo que los medios de comunicación y la cultura de masas han ido desgastando como sentido, como belleza. El papel de la semiótica sería ayudar a darle un nuevo valor a los signos, no sólo uno significativo sino uno estético.

Los medios de comunicación no son masificantes por naturaleza sino por cómo se les usa. La misma tecnología aplicada para la emisión de 'reality shows' es la de la telesecundaria o las clases virtuales. La intención de éstas es ayudar a crear una cultura crítica, mientras que los 'reality shows' despojan al espectador de los elementos de análisis y pensamiento crítico. La tarea de los educadores es la de la resemantización y más cuando recurren a la tecnología para difundir el conocimiento, por lo que hay que luchar en contra de la tendencia del sistema educativo de concebirlo como una especie de ingeniería y en el cual las estadísticas se convierten en lo más importante.

En las últimas décadas, los descubrimientos y los avances son tan grandes que no se sabe a dónde llevan: si a un mundo nuevo, grandioso, o hacia la catástrofe. Los medios masivos pueden detener el caos, pero también colaborar con él. La tecnología puede estar al servicio de los valores que cambian tanto como de los permanentes por su belleza, su verdad y su moral. De todos los que intervienen en los sistemas educativos depende evitar su masificación, su deshumanización; que en ellos no prevalezca una simple ingeniería, sino predomine siempre una visión humana aun en las ciencias que no son humanas. Ésa es la tarea.